

"RHINOGRADENTIA"

El humorismo científico es el equivalente cultural de la equidad jurídica, según se estudiaba antiguamente —ya no sé si se estudia ahora—. Porque la equidad —"corrección de la ley en lo que ésta adolece por su generalidad"— es un instrumento humano, antidogmático, irónico, que permite la feliz crítica de uno mismo y de todas las afirmaciones marmóreas. El humorismo científico, que es, además, una cosa tan vieja como la ciencia misma, es una llamada a la humildad y un desafío a la petulancia. Nos convendría disciplinarnos con la sonrisa, me parece. Los ingleses, por ejemplo, siguen fielmente lo que indica el llamado "axioma de Allen", en verdad infalible: Cuando todo lo demás falle, siganse las instrucciones. Hagamos, pues, un paréntesis en esta interminable Cuaresma.

Uno de los libros de Zoología más importantes que yo he leído es *Bau und leben der rhinogradentia* ("Estructura y vida de los rinógrados"), del profesor alemán Harald Stümpke, "curator" del Museo del Instituto Darwin de Hi-lay, en el archipiélago de las Mairuwill (Ed. Gustav Fischer, Stuttgart, 1951). Como es sabido, los rinógrados, que no fueron descubiertos hasta 1941, se extinguieron en 1956, de manera que este libro del profesor Stümpke es un testimonio único

y formidable de aquellos increíbles animales.

Hasta que una explosión atómica experimental destruyó la flora y la fauna de las Mairuwill, en 1956, los rinógrados habitaban en el archipiélago, muy raramente visitado por los navegantes. Fue el ingeniero sueco Einar Pettersson-Skamtivist el que los vio por primera vez entre los corales de la costa: animalitos pequeños, más o menos del tamaño de un ratón, que se sostenían sobre su nariz o trompa y agitaban sus largas colas. Pettersson anotó en su diario cuanto pudo acerca de aquella extraña clase de proboscídeos y de los hombres con quienes convivían —desaparecidos, por cierto, a consecuencia de las contaminaciones nucleares—. Más tarde, al crearse la American Society for the Biological Research of the Hi-lay Islands, se construyó el gran Instituto Darwin, que llevó a cabo un detenido estudio de la misteriosa fauna.

Los rinógrados tenían la nariz enormemente desarrollada y especializada: caminaban sobre ella, como el llamado "nariz de caracol", o saltaban apoyándose en el apéndice, como el hoppersrhinus, "nariz de lúpulo". Sus largas colas, impregnadas de una sustancia pegamentosa, les permitía capturar insectos y buscar pequeños crustáceos entre las rocas de la costa.

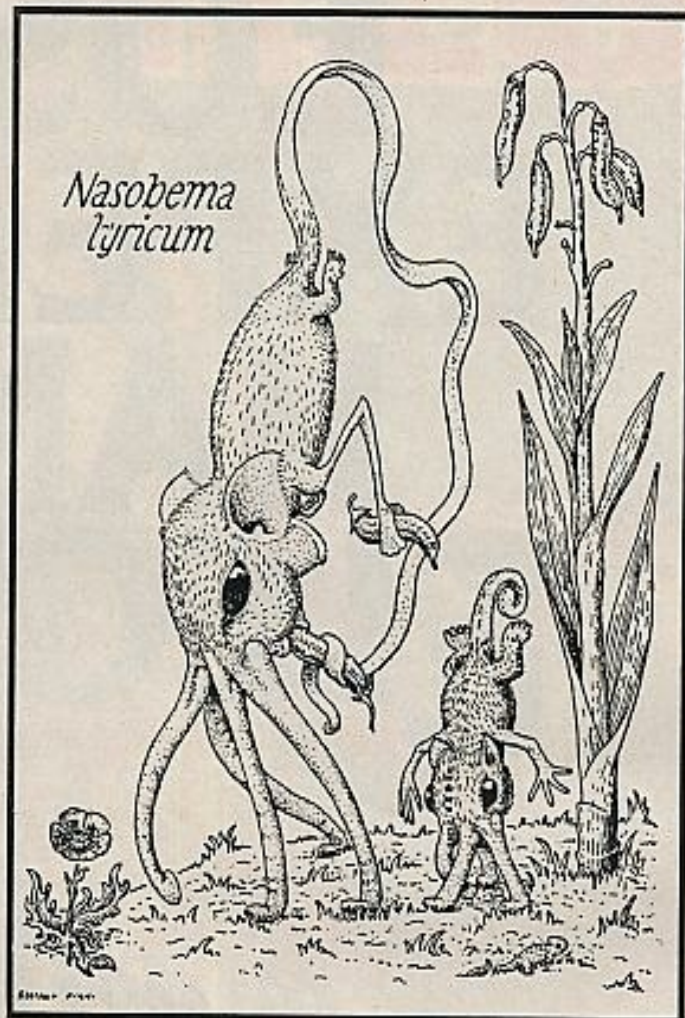


Figura 1.
El hónata,
visto
por Gerolf
Steiner.

Destacaban, por ejemplo, el *Nasobema lyricum* (fig. 1), que reproducimos de uno de los dibujos de Gerolf Steiner que ilustran el libro que comentamos. Tenía cuatro narices y una cola de un metro. Era herbívoro y, como es natural, tenía atrofiadas las patas traseras. Al parecer, el nasobema, también llamado hónata, era un manjar delicioso que los indígenas solían consumir en sus festividades religiosas. Su enemigo más peligroso, empero, no era el hombre, sino el gran nasobema de presa, *Tyrannonus imperator*, carnívoro de fuertes narices.

Otro tipo extraordinario era el *Otopteryx volitans* (fig. 2), de pelaje dorado y grandes orejas amarillas, que le permitían volar hacia atrás, utilizando la trompa como timón. Carecía totalmente de patas traseras.

Es una pena que carezca de espacio para extenderme más. Recomiendo la lectura de la magna obra de Stümpke, que les permitirá a ustedes saber algo acerca de otros rinógrados, el *Eledonopsis suavis*, el *Mammontops ursulus*, etcétera. Sirva esta nota de advertencia, empero, sobre los peligros de la energía nuclear. ■



Figura 2.
*Otopteryx
volitans*,
visto
por José Luis
Delgado.
(Cortesía
de "Tribuna
Médica".)